



# EXPEDICIÓN

De Mercedes Rosende

¿Estamos todos?

Pinto, el Tortuga, Alférez y Seisdedos. Y yo, arrepentido ya de la idea de esta expedición y con ganas de volverme a casa, si no fuera porque esta expedición es para resolver el enigma de Remedios, la bella.

A ver, vamos a revisar: la linterna la tiene Pinto.

Soga, ganchos y roldana, son de Alférez.

Seisdedos, la escalera.

¿Y yo, por qué la escalera?, es lo mas pesado, que la lleve el Tortuga.

La llevás vos, pendejo, que por algo te dicen seisdedos. Podés llevar eso y otras cosas.

La carcajada es casi unánime. Pablo enrojece de rabia y se mira por cienmilésima vez los puños siempre cerrados, cerrados y deformes, cerrados y excesivos, apretados en un esfuerzo de odio y rencor y vergüenza.

Tranquilo, che, que es joda, no te vas a calentar ahora, justo hoy. Dale, acercate, hacete amigo de los gurises.

Seisdedos se traga la bronca y la humillación, se calza la escalera al hombro y camina mirando el suelo iluminado por una luna apenas creciente.

El equipo va en la bolsa de arpillera. Me la afané del depósito del viejo y me la hicieron lavar bien lavada para que el tesoro, la maravilla, no se contamine con tierra o con brotes de papa podridos que puedan haber quedado pegados a la tela.

Nada es demasiado cuando se piensa en Remedios, la mujer más hermosa que se vio en Macondo. Algunos dicen que no es un ser de este mundo. Otros dicen que es tonta. Y yo sospecho que tiene una asombrosa habilidad para burlarse de todos.

El Tortuga va adelante, fue el de la idea, el que organizó la expedición y las apuestas. Eso lo convierte en el líder del grupo. Hace ya tiempo que nadie se burla de las llagas de viruela de su cabeza, cuello y rostro, de las marcas que le dieron el apodo. Desde que le rebanó a alguien la oreja izquierda con un machete.

Pinto saca unas empanadas de la mochila, una cerveza que va pasando de mano en mano.

Es casi medianoche.

Vamos rodeando el pueblo, no queremos encontrarnos con algún caminante nocturno que más tarde nos delate. De todas formas, casi todo Macondo está enterado e hicieron sus apuestas, pero no saben qué día será la expedición.

Alférez es el primero en llegar a la casa, todavía vemos ve algún parpadeo de velas a través de una ventana. El silencio es absoluto.

Empezamos a trabajar. Seisdedos apoya la escalera contra el muro de atrás, se relaja, ya cumplió con su trabajo y eructa el último sorbo de cerveza.

Alférez le alcanza la roldana, el gancho y la soga al Tortuga que, casi sin respirar, se va deslizando por la rama del castaño hasta quedar exactamente sobre el techo de la casa, justo arriba del baño de Remedios, la bella.

Soy el mas flaco y pequeño del grupo. Una infancia mi-

serable dejó como recuerdo una altura apenas superior a la de un enano y brazos como ramitas a punto de quebrarse. Pero hoy mi defecto es una ventaja, y acá estoy, balanceándome suavemente en la rama del castaño, sobre las tejas de madera que, en cuanto bajo, procedemos a quitar. Se abre un hueco sobre el baño de los Buendía, asomamos las cabezas y vemos una estancia apenas iluminado por la luz de una vela. ¿Hay una sombra que se mueve? ¿Alguien en la casa despierto a medianoche? Con estupor reconocemos a Remedios, la bella, acucillada, concentrada en su rito solitario sobre el trono de loza esmaltada. Nos quedamos sin palabras ni voluntad ni aliento, no atinamos a marcharnos ni a volver las tejas a su sitio. El Tortuga la mira perturbado en un doloroso estupor, y yo aspiro, huelo, trato de identificar el famoso olor a jazmines de sus deposiciones. Después, cuando termina de cagar, Remedios se acomoda su vestido de cañamazo, baja la tapa del orinal y levanta su cabeza al techo, nos sonrío.

-Cuidado que está muy alto. Se van a matar.

Y se va sin darnos tiempo de recomponernos del tremendo espectáculo de su desnudez.

De alguna manera logramos reaccionar, completamos la instalación del mecanismo, y yo me descuelgo como habíamos previsto.

Ya estoy en el baño.

Alumbro con la linterna que me dió Alférez. Ahí está la bacinilla de Remedios, impertérrita sobre una pequeña plataforma de madera de ciruelo, loza esmaltada con el escudo de los Buendía laminado en oro en su tapa de madera. Despide destellos dorados bajo la luz artificial que proyecto. La tomo de las asas con reverencia, desviando la mirada, y la deposito en la bolsa de arpillera impoluta cuidando de mantenerla vertical, que no se derrame una gota del precioso contenido.

Me escabullo por las alturas hasta la seguridad del techo y del castaño donde me espera el Tortuga. Él y yo nos miramos, sabemos que tenemos un pacto de sangre: nadie sabrá jamás que la hemos visto desnuda.

Bajamos triunfantes con el tesoro tan esperado.

Aspiro el aire nocturno, aspiro más fuerte, trato de identificar el olor del contenido de la bolsa. Siento la misma ansiedad de los demás, pero lo primero es lo primero: sacamos la roldana, la soga, la escalera. No quiero ni pensar qué pasaría si Fernanda o Úrsula, si cualquiera de los Buendía nos descubre.

Nos vamos por el camino en silencio, sentimos el aliento de la noche, del pueblo expectante. Pero no, no podemos abrir la bolsa, no hasta que sea de día y estén todos reunidos, hasta que el bar del Turco esté repleto de borrachos ansiosos y de anhelantes apostadores formando un círculo alrededor de la mesa en la que se va a abrir el orinal para ver si, tal como se dijo siempre, como piensan casi todos, Remedios la bella caga con olor a jazmines.

Pasamos la mañana especulando, tratando de adivinar,

tomamos cerveza y nos reimos,

imaginamos qué pensarán los Buendía cuándo sepan que falta la bacinilla de Remedios, cuando se enteren que sus deposiciones van a ser examinadas y olidas por una multitud.

Hoy es el día. El pueblo entero apretado en el boliche, humo de cigarrillos, la caña con pitanga que circula como agua. Arriba de una mesa, la bolsa que contiene el enigma de nuestra fe. Alguien la saca de la bolsa y deja la escupidera a la vista. Todos callan, quedan inmóviles. Miro alrededor, nadie se atreve a sacar la tapa. El silencio se corta con facón.

Hasta que Pablo extiende su mano malhecha, levanta la tapa, y todas las cabezas se inclinan con veneración sobre los dos soretos que flotan en el meo. No vuela una mosca.

Mierda, pura mierda que huele a mierda, pienso desde acá abajo. Lo último que veo antes de quedar tapado es al Seisdedos abriendo sus puños deformes, tomando la masa húmeda y marrón entre la monstruosidad de sus manos, elevándola sobre su cabeza. El pueblo entero retrocede, dos, tres pasos hacia atrás formando un círculo mientras él sostiene bien alto (como el padre León cuando consagra la ostia) la caca de Remedios, la bella. Después, todos se aprietan, se comprimen esperando el prodigio, y desde mi altura ya no puedo ver nada.

Algunos aseguran que se elevó un aura celeste y luminosa, otros juran haber visto un manto brillante e iridiscente flotando sobre nuestras cabezas, todos coincidieron con que aquello que se había desplegado ante sus ojos era un milagro que señalaba, irrefutablemente, la calidad etérea y divina de la fragancia a jazmines.

Yo, tal vez porque soy casi enano y me atropellaron y me taparon la visión, porque desde mi estatura nunca me entero qué pasa, a gatas pude ver los excrementos escurriendo entre los seis dedos de Pablo, los soretos chorreando de una mano de monstruo, y sentir un definido, inconfundible olor a mierda que me hizo tapar la nariz y estallar en carcajadas pensando que Remedios, la bella, había comido guiso de lentejas. Pero eso fue antes, justo antes de que el pueblo me agarrara de los pelos y me arrastrara, me empujara fuera del boliche por desgraciado, por blasfemo, por hereje, de quedar marcado para siempre con el hierro ardiente de mi secreto.

**Mercedes Rosende (Uruguay).** Vive en Uruguay y en España. Es escritora y columnista de medios escritos. Escribió Demasiados blues, La muerte tendrá tus ojos, Mujer equivocada (8 ediciones), El miserere de los cocodrilos, Qué ganas de no verte nunca más e Historias de mujeres feas. En breve sale el último, Nunca saldrás de

aquí. Sus libros han sido traducidos al francés, inglés, italiano y alemán. Fue ganadora de los premios de la IM, del MEC, Festival Buenos Aires Negra, LiteraturPreis de la feria de Frankfurt y está nominada al Violeta Negra de Polars du Sud en Toulouse 2023.